



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Plan de Predicación



XXIV Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

13 de septiembre de 2026

1. Notas exegéticas

Lectura del libro de Sirácida 27, 30–28, 7

Perdona la ofensa de tu prójimo y, cuando reces, tus pecados serán perdonados

El libro del Eclesiástico recoge las consideraciones del maestro Jesús ben Sira en el siglo II a. C. Ya ha cesado la dominación de los griegos, pero subsisten en el pueblo los efectos de la política de helenización; en este contexto, el autor reflexiona sobre la Ley y los profetas para ponderar ante las nuevas generaciones el patrimonio religioso de Israel y el valor de la tradición. Como en los libros llamados sapienciales, el punto central es exponer a los lectores que la verdadera sabiduría consiste en el temor de Dios, es decir, vivir constantemente en la presencia de Dios y mantener la vida dentro del orden religioso.

En los versículos propuestos para la primera lectura de la misa de este domingo, el autor advierte que mantener la ira y el deseo de venganza impide a la persona recibir el perdón de sus propios pecados; perdonar los pecados del prójimo y renunciar a la venganza prepara al pecador para recibir el perdón de Dios: «Si un ser humano alimenta la ira contra otro, ¿cómo puede esperar la curación del Señor?». A partir de estas consideraciones se comienza a entender que el perdón ofrecido por Dios es





Plan de Predicación

mucho más que la cancelación de una deuda: consiste en la rehabilitación del pecador, y esta rehabilitación es gracia que prepara a la persona para recibir el perdón. El texto concluye invitando a recordar los mandamientos y la alianza como dones (bendiciones) que Dios ofrece al ser humano; se reciben los mandamientos y la alianza para sobreponerse a la corrupción y a la muerte.

Salmo 102

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia

Hay dos partes en el cuerpo del salmo: la primera consiste en una acción de gracias por la salvación experimentada; la segunda es un himno que glorifica a Dios por sus obras en favor del pueblo. En la misa de hoy se emplea la primera parte. En ella se expresa un hombre que ha experimentado el perdón de sus culpas y ahora se ve salvado de su enfermedad y de la muerte.

En la primera estrofa propuesta por el leccionario, el orante se anima a sí mismo a alabar a Dios desde lo más íntimo de su ser; la traducción dice “alma”. En el fondo, se trata de encauzar toda la existencia hacia Dios como agradecimiento. En la Sagrada Escritura, bendecir es reconocer a alguien en su poder y dignidad.

En la segunda estrofa, el orante proclama la experiencia personal de salvación: el perdón del pecado se manifiesta en la recuperación de la salud y, así, en verse librado de la fosa (la muerte). Por los días transcurridos en esa situación, quien estuvo enfermo ahora es colmado de gracia y de ternura. En la tercera estrofa, lo que ha sido un canto individual pasa a ser un himno; el salmista contempla la acción de Dios en la historia de Israel. La historia de salvación es presencia y bondad del Señor: él no pleitea ni guarda rencor, de modo que la grandeza de Dios se manifiesta en que no castiga los yerros. En la cuarta estrofa se acude a imágenes de lejanía para expresar la absoluta remisión de la culpa.





Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 14, 7-9

Ya vivamos, ya muramos, somos del Señor

En la carta a los Romanos, el apóstol san Pablo, luego de presentar grandes temas doctrinales, pasa en el capítulo 12 a exhortar a los cristianos de aquella comunidad, ofreciéndoles lo que se puede considerar como un código de vida cristiana. Dentro de esta parte exhortativa, en el capítulo 14 aborda la necesidad de cuidar a los “débiles”; para ello advierte sobre usos que pueden impedir la práctica de la caridad. Las comunidades cristianas del tiempo apostólico estaban conformadas por judeocristianos y pagano-cristianos. En este ambiente surge el tema de los judaizantes: judíos que aceptan y creen en Jesús como el Mesías, pero que continúan observando prescripciones de la Ley en torno a fechas, días, alimentos, ritos...

Los versículos propuestos por el leccionario son parte de la orientación del Apóstol para superar las discrepancias en torno a los alimentos y a los días de culto. La orientación que se encuentra en ellos se funda en un razonamiento de orden cristológico: el bautismo une al creyente a Cristo y, por ello, se suprime la diferencia entre judío y no judío; por el bautismo, cada creyente está consagrado a Cristo, es propiedad de Cristo. El bautismo hace libre para vivir según la propia conciencia, así se trate de un judío o de un no judío. De modo que, si uno observa determinados días, desde su conciencia lo hace por el Señor; y si uno se priva de determinados alimentos, lo hace en conciencia por el Señor.

En la comunidad hay unos a quienes san Pablo denomina “débiles en la fe”; el débil es una persona que se inquieta ante las acciones de otros que actúan de manera diferente a como él lo hace. En esta situación, los fuertes deben tolerar a los débiles. Tanto a unos como a otros, Dios les concede la gracia de ser fieles a su conciencia. San Pablo invita a servir al único Señor, y ninguno puede negar su condición de cristiano a otro.

La fe cristiana es una relación con el Señor, una relación que va más allá de las diferencias o barreras particulares. Por la fe, el cristiano no vive para sí mismo, sino





para los otros; tampoco muere para sí mismo, es decir, no se somete a la soledad radical para vivir en un aislamiento total, sino que, por Cristo, tolera las diferencias.

Lectura del santo evangelio según san Mateo 18, 21-35

No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete

En el texto propuesto se reconocen dos partes: en la primera, la reacción de Pedro ante el protocolo de la corrección fraterna para evitar que se pierda un hermano; la segunda es una parábola que amplía la propuesta de Jesús para romper la cadena de la venganza.

A la pregunta del discípulo, el Maestro responde, en primer lugar, diciendo que el perdón debe sobreponerse siempre a la venganza. En el trasfondo de la pregunta de Pedro está, no sin ironía, la situación de la venganza de Caín narrada en el libro del Génesis; allí leemos que «el que mate a Caín lo pagará siete veces». La respuesta a la pregunta de Pedro se elabora con un juego de cifras que Jesús retoma del lamento de Lámelec —descendiente de Caín— en la misma página del Génesis: si la venganza de Caín valía por siete, la de Lámelec valdrá por setenta (cf. Gn 4, 24).

En segundo lugar, mediante una parábola, Jesús amplía su respuesta sobre el perdón que se sobrepone a la venganza. Aquí hay un cambio importante: se pasa de las cifras a la manera; hay un desplazamiento del “cuánto” al “cómo”. El discípulo ha preguntado “cuánto”, ahora el Maestro responde “cómo”.

Para ello, Jesús propone una parábola que busca explicar cómo el Padre del cielo perdona. El contexto inmediato —las cifras 7 y 70— induce a esperar que la parábola aclare cómo el perdón lleva a romper la cadena de venganza.

En la tarea de interpretar la enseñanza de la parábola es preciso comenzar por la incompreensión que deja el desdecirse o anular el perdón.

La aplicación de la historia referida por Jesús mismo —«Lo mismo hará con ustedes mi Padre celestial»— resulta chocante: el Padre celestial, representado por el rey que





Plan de Predicación

pide cuentas, ha perdonado a un funcionario que le debía, pero más tarde se desdice de ese perdón y termina entregando a aquel funcionario a los verdugos hasta que pague toda la deuda. Esto hace dudar: ¿es que Dios perdona y luego anula ese perdón?, ¿acaso el perdón de Dios no es para siempre? «Los dones y la llamada de Dios son irrevocables» (Rom 11, 29).

Al buscar despejar estas dudas se llega a entender el perdón como algo más que saldar cuentas por una especie de amnistía u olvido. Desde este contexto, el evangelio de la misa de hoy impulsa a sacar el perdón del ámbito de la contabilidad —“cuánto”— para comprender el perdón que Dios ofrece al pecador como un don, como una gracia que rehabilita al ser humano. La parábola que narra Jesús presenta el perdón como una gracia, como un regalo, como un don que brota de la gratuidad de Dios: «Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste». Para el beneficiario —el pecador— el perdón es un don o una gracia que este puede no recibir o, bien, acoger con agradecimiento.

En este contexto, el “agradecimiento” consiste en algo mucho más que cortesía o palabras de satisfacción; recibir “con agradecimiento” es asumir existencialmente el don, es vivir a partir de aquel don o gracia, es apropiarse del don. Recibir con agradecimiento quiere decir incorporar dentro de la propia vida la gracia que se ha recibido: es utilizarla, hacerla servir en aquello para lo cual ha sido concebida. Y la gracia, como es precisamente gracia, escapa de la contabilidad.

El pecador, al recibir “con agradecimiento” la gracia del perdón comienza a vivir de esta misma gracia. Cuando el hombre vive y asume auténticamente la gracia, principia a vivir la vida de Dios, principia a ser misericordioso, comienza a tener el mismo pensamiento de Cristo (cf. 1 Cor 2, 16), a sentir con los mismos sentimientos de Cristo (cf. Fil 2, 5). De modo que recibir la gracia del perdón, mucho más que la cancelación de una deuda implica la rehabilitación del pecador de tal forma que este empieza a llevar una vida como la de Cristo.





II. Pistas homiléticas

Hecho de vida. Estamos terminando la Semana por la Paz promovida por la Conferencia Episcopal de Colombia; la paz es una realidad amenazada en muchos lugares de nuestro país. En el evangelio, Jesús nos alienta a recibir conscientemente la misericordia de Dios para romper la cadena de venganza que engeguece a muchas personas.

Desarrollo. En el texto del evangelio del domingo anterior, Jesús expuso la manera como un discípulo debe obrar en el caso de verse afectado por el mal proceder de algún hermano: las instancias de la “corrección fraterna”. A propósito de esta instrucción, Pedro plantea a Jesús una pregunta: «Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo?». De esta forma avanza el cuarto sermón de Jesús en el evangelio según san Mateo, sermón en el que Jesús aborda el tema de la vida comunitaria de los discípulos.

El evangelio de la misa de este domingo tiene dos partes. En la primera se presenta el diálogo, no sin ironía, entre Pedro y Jesús. Esta ironía se impulsa con las cifras siete y setenta, cifras que en el capítulo 4 del libro del Génesis están presentando una cadena de venganza: «El que mate a Caín lo pagará siete veces» (versículo 15) y «Caín será vengado siete veces, y Lamec setenta y siete» (24).

La segunda parte del evangelio está constituida por una parábola que, en este contexto, viene a ser la recomendación de Jesús para romper la cadena de la venganza entre los seres humanos. La parábola sorprende porque, en una primera lectura, pareciera decir que Dios perdona y luego puede desdecirse de su perdón: «El señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con ustedes mi Padre celestial».

Las parábolas suelen ser narraciones que presentan una crisis, una información que no concuerda con lo que estamos habituados a escuchar o a pensar, y precisamente este “error” es la clave para interpretar el mensaje. Visto así, es preciso reconocer la clave de sentido no tanto en el primer deudor, sino en lo que significa el perdón que Dios ofrece.





Plan de Predicación

Muchos cristianos piensan la vida cristiana en términos de “el que peca y reza empata”; sin embargo, el perdón cristiano es algo diferente. El perdón de Dios no es de tipo contable: es gracia, es don. El perdón de Dios es gracia (misericordia) para reconstruir al pecador y asemejarlo a Dios: «¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?». Por el don de su gracia, Dios nos habilita para asemejarnos a él en las relaciones con los hermanos.

Como todo don (o regalo), es preciso recibirlo y utilizarlo. A partir de su particular experiencia, san Pablo afirma que él vive de la gracia: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2, 20). Es dramático, pero puede darse el caso de quien recibe la gracia y no la hace servir en su vida de fe.

Paso al rito. Cada vez que celebramos alguno de los sacramentos, Dios nos ofrece su amor, su gracia, su misericordia, para que en nuestras relaciones con los demás y en nuestra forma de pensar y actuar seamos misericordiosos como él ha sido misericordioso con cada uno de nosotros. La participación en la mesa de la Eucaristía nos une a Cristo para ser artífices de paz y reconciliación.





III.

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, el domingo es la celebración semanal de la Pascua; es día de fiesta cristiana, día para hacer una pausa en nuestras actividades y encontrarnos con el Señor y con los hermanos, fortaleciendo así nuestra vida de fe. En este domingo, dentro de la Semana por la Paz, acogemos el llamado que nos hace el lema: «*La paz nos llama, nos mueve, nos une*», y en particular la invitación de este día: «*Con nuestra Casa Común y en nuestras Parroquias se teje la Paz con la esperanza que viene de Cristo*».

Abramos nuestra mente y nuestro corazón para recibir de Dios los dones de su misericordia y disponernos a vivir esta Eucaristía como un signo de reconciliación con los hermanos y con nuestra Casa Común. Sean todos bienvenidos a la celebración de la misa.

Monición a las lecturas

La vida cristiana nace de la gracia que recibimos en la Palabra y en los sacramentos. En este domingo de la Semana por la Paz, dejemos que la Sagrada Escritura ilumine nuestro camino de reconciliación con los hermanos y con nuestra Casa Común. Escuchemos con atención la voz de Dios que obra en cada uno de nosotros.





Oración de fieles

Presidente: Imploramos, hermanos, la misericordia de Dios y pidámosle que escuche las oraciones de quienes hemos puesto nuestra confianza en él, especialmente en este domingo de la Semana por la Paz, en el que reconocemos que la paz nos llama, nos mueve, nos une.

R/. Padre santo, escúchanos.

1. Señor, te pedimos por nuestra Iglesia: que siga anunciando con fidelidad el mensaje del Reino y lleve al mundo la paz del Señor, para que en cada comunidad se teja la reconciliación con los hermanos y con nuestra Casa Común.
2. Señor, te pedimos por el papa León, por nuestro obispo Luis José y por los sacerdotes que predicán tu Evangelio: asístelos con el don de la sabiduría para que nos conduzcan a reconocer los dones de tu gracia en nuestra historia y a vivir como artesanos de paz.
3. Señor, te pedimos por las personas maltratadas, por las víctimas de las injusticias y por quienes han crecido sin afecto: que encuentren en los cristianos la misericordia que les permita reconocer su dignidad de hijos de Dios y sanar sus heridas.
4. Señor, te pedimos por las personas de buena voluntad que trabajan cada día por la reconciliación y la paz entre los colombianos: que los frutos de sus esfuerzos se manifiesten en una sociedad fraterna, tolerante y respetuosa de la vida en todas sus formas.
5. Señor, te pedimos por quienes participamos de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía: que la gracia recibida haga de cada uno de nosotros tierra fértil que dé frutos de caridad, solidaridad y cuidado de nuestra Casa Común, para hacer más llevadera la vida de los hermanos que sufren.

Presidente: Padre misericordioso, que siempre perdonas a quienes perdonan a sus hermanos, escucha nuestras oraciones y crea en nosotros un corazón nuevo que, como reflejo del corazón de Cristo, olvide las ofensas recibidas y recuerde a los demás hasta qué punto tú nos amas. Por Jesucristo, nuestro Señor.





XXIV Domingo del Tiempo Ordinario

Ciclo A

13 de septiembre

1. Claves de reflexión

1. Acompañar

¿Alguna vez un amigo te ha pedido perdón? ¿Te ha costado volver a jugar con él después de una discusión? La vida con los demás se pone difícil cuando llevamos ira y rencor en el corazón; perdemos la paz y nos llenamos de amargura. No es sano permanecer así. Por eso Jesús nos invita a buscar la reconciliación y a ofrecer el perdón, no solo para bien de quien ha cometido faltas con nosotros, sino para bien nuestro.

Sin duda, nos cuesta perdonar a los demás, sobre todo cuando hay dolor, tristeza y frustración, pero no conviene quedarnos ahí. Así como nosotros esperamos que nos perdonen cuando nos equivocamos, también los otros esperan que nosotros perdonemos. Jesús nos enseña que un corazón que perdona es como el corazón de Dios.

2. Motivar

En el Evangelio de hoy, Pedro le pregunta a Jesús cuántas veces debe perdonar. Él entiende que son muchas veces, por eso pregunta si siete veces. Pero la respuesta de Jesús va mucho más allá: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18, 22). Siempre debemos perdonar, sin cuentas y sin límites.

Esto lo entendemos gracias al relato de un hombre que recibió un gran perdón, pero no quiso perdonar a otro.

Con estas palabras, Jesús nos muestra que el perdón no consiste en llevar la cuenta de las veces que alguien se equivoca, sino en aprender a amar como Dios nos ama. Él siempre nos da una nueva oportunidad para empezar de nuevo. En este Tiempo para Cultivar la Fe también nos invita a dejar que el perdón haga crecer nuestra amistad con Jesús y con quienes nos rodean.





3. Retar

El reto de esta semana es dar el primer paso para construir la paz.

Si discutes con alguien de tu familia, un amigo o un compañero, busca un momento para decir: *«Hagamos las paces»* o *«Te perdono»*. Verás cómo este gesto sencillo puede cambiar el día de alguien y también cambiar tu día.

Preguntémonos:

- ¿Qué puedo hacer para que no me sea tan difícil pedir perdón cuando me equivoco?
- ¿Hay alguien a quien necesite perdonar hoy?

Piensa en una persona con la que compartes todos los días —alguien de tu familia, un amigo o un compañero del colegio—, haz un dibujo para ella, escríbele una frase bonita, como *“Gracias por lo que haces por mí”* o *“Gracias por ser mi amigo”* o *“Jesús quiere que vivamos en paz”* y entrégaselo con una sonrisa.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Celebremos con alegría este encuentro con Jesús. Hoy su Palabra nos recuerda que Dios siempre nos perdona y nos enseña a hacer lo mismo con quienes nos rodean, para construir juntos la paz.

En esta Semana por la Paz, cuyo lema es «La paz nos llama, nos mueve, nos une», abramos nuestro corazón para vivir esta Eucaristía, compartir con quienes están a nuestro lado y aprender a ser cada día más fraternos, tal como Jesús nos enseña.

Monición a las lecturas

Las lecturas de hoy nos invitan a descubrir que el perdón es un regalo que nace del amor de Dios. En esta Semana por la Paz, recordamos que la reconciliación y la misericordia son caminos para construir la paz con quienes nos rodean. Jesús nos enseña que quien ha recibido misericordia también está llamado a compartirla con los demás. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente: Confiados en el amor de nuestro Padre misericordioso, presentemos nuestras súplicas diciendo con fe:

R./ Padre bueno, enséñanos a perdonar.

1. Por el papa León y por toda la Iglesia, para que anuncien siempre la misericordia de Dios y acompañen a quienes necesitan reconciliación y paz. Oremos.
2. Por los gobernantes y por quienes trabajan por la paz, para que promuevan el diálogo, la justicia y la reconciliación entre los pueblos. Oremos.
3. Por los niños y las niñas de la Arquidiócesis de Bogotá, para que crezcan en la fe, encuentren en Jesús un amigo que los acompaña siempre y sean sembradores de paz y perdón en sus familias y comunidades. Oremos.
4. Por las personas afectadas por el terremoto, los incendios forestales y las diferentes situaciones difíciles que vive nuestro país, para que encuentren fortaleza en el Señor, solidaridad en quienes las rodean y esperanza para salir adelante. Oremos.
5. Por nosotros, para que vivamos este *Tiempo para Cultivar la Fe* aprendiendo a pedir perdón y a perdonar de corazón, construyendo así caminos de paz. Oremos.

Presidente: Padre misericordioso, acoge nuestras súplicas y ayúdanos a vivir con un corazón lleno de amor y perdón. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

